

Homenaje a Constancio Mínguez

El número once de esta Revista es el mejor homenaje que la Sociedad Ibérica de Pedagogía Social puede rendir a Constancio Mínguez, profesor –cuando vivía– de la Universidad de Málaga, colega reconocido en nuestra área, y no sólo en ella, y amigo de aquéllos que nos sentimos privilegiados por su confianza, su inmensa generosidad y su enorme capacidad de comprensión. En realidad, éste es un número especial que ofrecemos a los lectores que lo conocían y también a los que no tuvieron la ocasión de hacerlo; trabajo realizado con mucho cariño, es verdad, pero también invadidos todavía por la tristeza cuando nos percatamos de lo irreversible de su partida. Pronto hará un año que Constancio se apeó de la vida.

Y nos parece un excelente homenaje porque el monográfico de este ejemplar fue concepción suya. Así podemos confirmarlo los que tuvimos una relación profesional permanente con Constancio y fuimos sujetos de su atención y amabilidad. Durante el año 2002, y a medida que nuestro compañero se adentraba más profundamente en el campo de la Pedagogía Social y se mostraba, felizmente, interpelado por algunas de las incógnitas del campo, sentía la necesidad de respon-

der a algunas de las cuestiones que daban vueltas por su cabeza deseando compartirlas con aquéllos en quienes confiaba. Así, algunos tuvimos la oportunidad de conocer sus últimos proyectos. Al finalizar el verano de ese mismo año, tenía formuladas unas 18 o 20 preguntas que, en realidad, representaban un cuerpo de problemas que atraen y siguen atrayendo el interés de los investigadores preocupados por la pedagogía y la educación. Trasladó esa lista de inquietudes a los compañeros y pidió a un buen número de ellos, de acuerdo con las líneas de investigación particulares de cada uno, que asumieran la responsabilidad de elaborar su argumentación, sus respectivas percepciones acerca del tema que habían asumido. Su objetivo era recogerlas en un libro.

Para septiembre del siguiente año, prácticamente había recibido todos los textos y deseaba preparar el libro. De camino hacia Sevilla, pues los dos formábamos parte de una Comisión para evaluar una tesis doctoral, pudo comentarme cómo quería abordar la estructura de todas las colaboraciones recibidas y la presentación que quería llevar a cabo, tanto global como particularizadamente, de los resultados obtenidos. Mientras tan-

to, se puso en contacto con algunas editoriales para la publicación del libro. La amplitud del mismo le obligó a Constancio a replantear su proyecto inicial. Entre la Navidad de 2003 y la primavera del 2004, se encontraba preocupado porque el tiempo pasaba y no quería decepcionar a los colaboradores convocados. Decidió reconducir su programa primitivo con el material que había recibido y, con criterio muy sensato, lo reestructuró, tanto en función del campo de conocimiento (la Pedagogía Social), como de la práctica y la profesión (la Educación Social), pensando en una doble publicación. Y así ha finalizado el proyecto, en su última versión concebida por nuestro colega y amigo. Sus objetivos se han cumplido. El primer texto, dedicado a la Educación Social como profesión, vio la luz, después de su marcha definitiva, en la Editorial Dykinson (La Educación Social: discurso, práctica y profesión), y gracias en buena medida a la gestión de sus compañeros del departamento en la Universidad de Málaga. El segundo, más próximo al campo teórico de conocimiento, la Pedagogía Social, iba a publicarlo la editorial Gedisa. Pero el temor a que los textos perdieran su actualidad –habida cuenta de que, a los tiempos que había que esperar para su publicación, había que sumar el ya transcurrido desde la realización de cada colaboración por su autor– nos hizo pensar en otra dirección. Así que, después de contar con la ayuda de Violeta Núñez (coordinadora de la colección en Gedisa), que compartía nuestros planteamientos, como también los compartieron los autores y el presidente de la SIPS, José Antonio Caride, entendimos que el monográfico del próximo número

de la Revista de Pedagogía Social podía hacerse cargo del notable esfuerzo realizado por Constancio mostrándole nuestro respeto y nuestro recuerdo. Sólo quedaba la tarea de darle a los artículos que configuraban el libro el formato de revista (resumen, palabras claves...), esfuerzo mínimo (para quien representó un modelo de compromiso humano, real, frente a tantas retóricas falaces e individualismos imperantes) que asumí esta dirección. Y he aquí, pues, en estas líneas introductorias, el breve relato, sintetizado, de un proyecto que inició nuestro amigo, profesor y sacerdote, Constancio Mínguez Álvarez, “el hombre de los puentes” (su tendencia a unir voluntades disonantes era muy conocida en nuestra comunidad), y una oportunidad para nosotros de poder cumplir algunos de sus deseos. Es cierto que su imagen humana (garantía de sosiego y de sabiduría) adquirió ante nosotros una relevancia y una gran significación por el grado de verosimilitud y consistencia moral que mostraba tanto en sus actos más particulares como en sus intervenciones profesionales, creciendo continuamente ante nuestros ojos. Pero también su manera de entender el trabajo y la ilusión con que lo abordaba abunda en la imagen que él tenía de sus diferentes actividades y ocupaciones, en todo caso de la vida. De los e-mail que guardo en mis archivos, he aquí el del año 2002, una felicitación y una llamada vital que no es otra cosa, sobre todo, que una visión ética de pensamiento y de ejercicio generoso, dinámico y sin fronteras.

“En estas fechas de Navidad y Año Nuevo me gusta compartir con mis amigos, dentro de los que te siento, alguna de mis imágenes sobre la vida. Este año

quiero poner la de Leonardo Boff, ‘la vida es como un tren’:

‘El tren que avanza, espléndido y veloz hacia su destino. Dentro del convoy tiene lugar el desarrollo de un drama: el drama de la Humanidad. Gente que trabaja, gente que descansa. Gente que contempla el paisaje. Gente que negocia, preocupada. Gente que nace y que muere. Gente que ama y gente que odia. El tren sigue corriendo. Lleva a todos. A nadie se niega y a todos se ofrece la oportunidad de realizar un viaje feliz. El viaje es gratis para todos, pero nadie puede salir ni evadirse, pues se vive dentro del tren. Y ahí es donde se ejercita la libertad. La gente que acoge el tren, goza con su velocidad, disfruta con el paisaje, entabla amistad con los compañeros de viaje, procura que todos se sientan a gusto, etc. Realiza un viaje feliz’

Esto me lleva a pensar que en un mundo tan complejo como el nuestro la verdadera sabiduría consiste en aprovechar la oportunidad de realizar un viaje feliz, sabiendo que la felicidad no es una estación a la que se llega sino una manera de viajar”.

No es el lugar para hacer la crónica aciaga de su muerte, ni él lo desearía, como es evidente, atento como estaba a recrear e imaginar una concepción de la existencia más como origen y tránsito que como llegada, a fomentar una manera de mirar el mundo, no con los ojos entelados por la bruma del dolor, el sufrimiento o por simple victimismo, sino con los párpados bien abiertos para poder observar y escucharlo, extraer las máximas posibilidades de él ofertando –tal era la proyección cívica que demostró en su acontecer diario– una moral, es decir, unas reglas de convivencia, capaces de auspiciar sus mejores bonanzas y oportunidades. Atribulados todavía por su partida –es difícil acostumbrarse a que no nos veremos otra vez–, nos queda su imagen, su trabajo y su esfuerzo. Este número de la Revista de Pedagogía Social es, por ello, un (modestísimo) homenaje. El mejor modo que tenemos de mostrar nuestro afecto y nuestro respeto por aquél que tan buenos momentos profesionales y vitales nos regaló.

JUAN SÁEZ

Director de la Revista de Pedagogía Social (Universidad de Murcia)